

Prólogo al *dossier*: La antropología del siglo XII y sus derivas

Natalia Jakubecki*
Universidad del Salvador – Universidad de Buenos Aires
Argentina

Tal como señaló Marie-Dominique Chenu, uno de los rasgos característicos del siglo XII fue el despertar de la conciencia, una profunda reconversión de perspectiva gracias a la cual, de allí en adelante, el ser humano se reconocerá como una pieza más de ese universo que desde siempre se había empeñado en estudiar, regular y dominar (Chenu, 1957, pp. 21-22). Sobre la base de una arraigada tradición platónica, la ampliación del corpus naturalista y la llegada del acervo textual del peripatetismo grecoárabe no hicieron más que reforzar la necesidad de inspeccionar el mundo circundante bajo una óptica diferente.

Y así, ya fuera por genuino interés, por mundana curiosidad, o por simple recelo, quienes se volcaron a la vida intelectual y espiritual sintieron la necesidad de reflexionar sobre su propia esencia y, a partir de ella, mejor dicho, a partir de sí —forzoso punto de partida cuya inevitable centralidad comienza a revelarse— se propusieron desenredar los hilos de ese intrincado cosmos que es la creación. Con la certeza de ser imagen del Creador y la conciencia de su pequeñez respecto de Él, las mujeres y los hombres de aquella centuria se volvieron a la introspección y se descubrieron microcosmos. Nada ha escapado a esta nueva mirada antropológica, sino antropocéntrica: desde Dios y las naturalezas angélicas a los animales e incluso las plantas serán reexaminados en cuanto

* **Natalia Jakubecki** es doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesora adjunta de Historia de la Filosofía Medieval en la Universidad del Salvador (USAL) y jefa de trabajos prácticos en la cátedra homónima en la UBA, donde también es titular del Seminario de Posgrado “Actualidad de la Filosofía Medieval”. Investigadora adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Coordinadora editorial de la revista *Patristica et Mediaevalia*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: njakubecki@usal.edu.ar

a su relación con el ser humano. Y, desde luego, hasta los mismos lazos sociales estuvieron sujetos a revisión.

Desde una perspectiva a todas luces agustiniana, un texto anónimo de finales de siglo —erróneamente atribuido a Bernardo de Claraval— resume el espíritu de su tiempo del siguiente modo:

Muchos saben muchas cosas, y a sí mismos se desconocen [...] Por eso debo volverme de lo exterior a lo interior, y de lo inferior a lo superior: para poder conocer de dónde vengo o adónde voy; qué soy o por qué existo; y así, por el conocimiento de mí he de ser capaz de llegar al conocimiento de Dios [...] Según el hombre interior, tres cosas encuentro en mi mente por las cuales recuerdo, percibo y deseo. Son, pues, estas tres: memoria, inteligencia y voluntad o deseo. Por la memoria me acuerdo, por la inteligencia considero, por la voluntad abrazo. Cuando recuerdo a Dios lo encuentro en mi memoria, y en ella me deleito de Él y en Él, según lo que Él mismo se digna a darme. Con la inteligencia considero qué es Dios en sí mismo; qué en los ángeles, qué en los santos, qué en las creaturas, qué en el hombre. En sí mismo es incomprehensible, puesto que es principio y fin: principio sin principio, fin sin fin. A partir de mí entiendo cuán incomprehensible es Dios, ya que yo mismo no puedo entender que Él me haya hecho. En los ángeles es deseable, pues desean contemplarlo; en los santos es deleitable, pues en Él los felices se regocijan asiduamente, en las creaturas es admirable, pues potentemente crea todas las cosas, sabiamente las gobierna y benignamente las administra; en los hombres es amable, pues Dios es de ellos y ellos son su pueblo¹. (Pseudo-Bernardus Claraeualensis, 1862, 1.1 col.485A)

Cada uno de los artículos que componen este *dossier* toma alguno de los aspectos anteriormente mencionados. En primer lugar, se encuentra el trabajo de Cecilia Devia “Ángeles y humanos: jerarquía, revuelta y caída”, que nos remonta a los tiempos previos tanto, a la rebelión de Lucifer como a la desobediencia de Adán y Eva. La intención de la autora es presentar sus propios avances sobre la investigación de estos

¹ “Multi multa sciunt, et se ipsos nesciunt. [...] Idcirco ab exterioribus redeam ad interiora, et ab inferioribus ad superiora ascendam: ut possim cognoscere unde venio, aut quo vado; quid sum, vel unde sum; et ita per cognitionem mei valeam pervenire ad cognitionem Dei. [...] Secundum interiorem hominem tria in mente mea invenio, per quae Deum recolo, conspicio, et concupisco. Sunt autem haec tria, memoria, intelligentia, voluntas sive amor. Per memoriam reminiscor; per intelligentiam intueor; per voluntatem amplector. Cum Dei reminiscor, in memoria mea eum invenio, et in ea de eo et in eo delector, secundum quod ipse mihi donare dignatur. Intelligentia intueor quid sit Deus in se ipso; quid in Angelis, quid in sanctis, quid in creaturis, quid in hominibus. In se ipso est incomprehensibilis, quia principium et finis: principium sine principio, finis sine fine. Ex me intelligo quam incomprehensibilis sit Deus; quoniam me ipsum intelligere non possum, quem ipse fecit. In Angelis est desiderabilis, quia in eum desiderant prospicere; in sanctis est delectabilis, quia in eo assidue felices laetantur; in creaturis est admirabilis, quia omnia potenter creat, sapienter gubernat, benigne dispensat; in hominibus est amabilis, quia eorum Deus est, et ipsi sunt populus ejus”. Traducción propia.

episodios bíblicos, en especial el primero, bajo un enfoque político. Comienza, entonces, repasando la doctrina de uno de los filósofos clave para comprender la angelología cristiana medieval, el Pseudo Dionisio Areopagita. Le interesa particularmente dar cuenta de su concepto de “jerarquía”, para luego observar cómo es retomado en el siglo XII por Hugo de San Víctor. Termina el texto con algunas observaciones sobre el dominio de los ángeles, según John Wyclif, sopesando, además, su relación con los hombres y con Dios, con el fin de mostrar, coincidiendo con David Luscombe, que no abandonó la noción de jerarquía, sino que la explicó de una manera diferente (Luscombe, 1987, pp. 243-244).

Dejando atrás el universo angélico, en un segundo momento pasamos a concentrarnos específicamente en el ser humano, gracias al trabajo de Nicolás Lázaro titulado “La descripción del hombre en el capítulo CLII del *De naturis rerum libri duo* de Alexander Neckam”. Como Lázaro se encargará de mostrar, en este autor inglés se conjugan las viejas referencias clásicas con una fuerte base naturalista inspirada en la medicina hipocrática y la filosofía aristotélica. Así, tras una breve presentación tanto de este autor aún no muy estudiado por la crítica local como del texto fuente, Lázaro se detiene en el capítulo 152: “*De homine*”, cuya traducción al castellano ofrece. El análisis posterior le permite extraer una serie de lúcidas conclusiones sobre la antropología de este fraile oxoniense.

Como si se tratara de una especie de *próodos*, el siguiente artículo, “Adán Scott y Hugo de Miramar. Dos crisis existenciales en el siglo XII”, parte del ser humano para encontrarse cara a cara con una naturaleza caída, un demonio muy particular, el de la acedia. Así pues, Rubén Peretó Rivas evoca la llamativa cantidad de casos de monjes desertores que se dio durante el siglo XII para introducir la hipótesis de que bien podría haberse tratado de casos de acedia. Antes de corroborarla, explica en qué consiste este

vicio según la doctrina de Evagrio Póntico, para quien el fenómeno de la acedia “va mucho más allá de su consideración dentro de un sistema de vicios y virtudes”. Finalmente, vuelve al siglo XII para rastrear, ahora ya munido de un marco conceptual, indicios de acedia en los escritos de dos monjes cartujos poco conocidos: Adán Scott y Hugo de Miramar.

En este recorrido, el figurado momento de la *epistrophé* lo realiza el artículo de Julián Barenstein “El hombre y Dios en el *Cuzarí* de Yehudá Ha-Levi”. Esta relación tan cara a las religiones del Libro es trabajada aquí bajo la mirada del filósofo sefardí, quien por medio de un diálogo entre un rabino y el *Cuzarí* defiende el judaísmo por sobre las restantes, y lo hace en términos “estrictamente racionales”. Barenstein, entonces, presenta las afirmaciones de Ha-Levi sobre los atributos divinos y nombres divinos, así como sobre el *tetragrammaton*. Esto lo conduce necesariamente a detenerse en la función mediadora que tienen los profetas y la superioridad de la lengua hebrea, no solo para el conocimiento de Dios, sino para designar la totalidad de las creaturas, tal como su propio Creador las designó en el Paraíso.

Y como el todo debe tener una legalidad que lo ordene, un último artículo cierra este *dossier*, el de Celina Lértora Mendoza, llamado “La Escuela de Bolonia de Irnerio *al dictum* de Acursio. Génesis de una revolución jurídico-epistemológica”. Situada en el campo de la historia del derecho, la autora propone una reconstrucción del proceso epistémico y metodológico que llevó a elaborar el célebre *dictum* de Acursio. En dicha reconstrucción, se examinará en detalle el programa de la Escuela de Bolonia, la médula de los estudios jurídicos del siglo XII. A lo largo de estas páginas, pues, veremos cómo Acursio debe ser pensado como antecedente insoslayable de la distinción entre estatutos personales y reales, que será el paso definitivo hacia el derecho premoderno y el abandono del medieval.

Referencias bibliográficas

Chenu, M.-D. (1957). *La théologie au XIIIe siècle*. París: Vrin.

Pseudo-Bernardus Claraeuallensis (1862). *Meditationes piissimae de cognitione humanae conditionis* (PL 184, col. 485A). En J.-P. Migne, *Patrologiae Cursus Completus*. Series Latina. París: J.-P. Migne.

Luscombe, D. (1987). "Wyclif and Hierarchy". En Hudson, A. and Wilks, M. (Eds.). *From Ockham to Wyclif*. Oxford: Ecclesiastical History Society, Basil Blackwell, Studies in Church History. Subsidia 5, pp. 233-244.